

Capítulo II. Antifundacionismo en la Metodología de las Ciencias Sociales, crítica y alternativas

Enrique de la Garza Toledo¹

Introducción

Desde los años ochenta del siglo XX dos esferas de las formas académicas de pensar se han escindido, el de la investigación Social y el de la filosofía de la ciencia (Apel, 1992). Las Teorías Sociales cambiaron mucho a partir de la gran transformación que supuso la década de los setenta-ochenta del siglo XX, hay nuevas teorías, algunas de las que ya existían antes de esas décadas se han fortalecido, otras han decaído y algunas prácticamente han desaparecido de la discusión de los académicos. A pesar del planteamiento Postmoderno del fin de los grandes discursos (Larey y Potter, 2001), muchas teorías actuales han tenido esta pretensión, tales como: teorías de la agencia, de sistemas, la revitalización de las interaccionistas simbólicas, la fenomenología sociológica, las teorías interpretativas del discurso, la del sistema mundo, de la acción racional, el neoinstitucionalismo, etc. (Barbalet, 1983) Sin embargo, a diferencia del período de la postguerra que termina en los años setenta no se puede hablar de grandes teorías hegemónicas, en todo caso sus hegemonías pudieran ser en algunos países, en unas disciplinas, o departamentos de Universidades (Berstein, 1983). Otra diferencia sería que, en general, estas teorías grandes emergentes a partir de las década de los ochenta han repudiado

¹ Doctor en Sociología, profesor investigador del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana. Email: egt57@hotmail.com. Textos completos del autor pueden consultarse en: <http://>

a los estructuralismos tan aceptados en el período anterior introdujeron los temas del lenguaje, la subjetividad o la textualidad (Wodak, 2008) en la teorización (Betti, 1984). Lo anterior no significa que no haya teorías estructuralistas o intentos de actualización de antiguos paradigmas, como es el caso del Funcionalismo de Parsons en los Estados Unidos. Parte de estas Teorías han sido influenciadas por la filosofía Hermenéutica, por el posestructuralismo, por el postempirismo o por el pragmatismo (Bhaumbro, et al., 2014). Sin embargo, la asimilación de estas filosofías por los científicos sociales no ha sido hasta sus últimas consecuencias o en sus aspectos más íntimos, porque muchas de aquellas resultan muy relativistas e incluso hay propuestas que rayan con el agnosticismo (Blaavw, 2008) (Austin, 2000). Es decir, se da la paradoja de científicos sociales que siguen haciendo ciencia y, a la vez, simpatizan con teorías relativistas, sin asumir que no habría forma de jerarquizar las diferentes construcciones de conocimiento y, a la vez, se involucran en fuertes pugnas en torno de la validez de un enfoque y no del otro (Boudon, 1980). Otro tanto sucede con los filósofos relativistas que compiten en la disputa por la mejor interpretaciones de los grandes filósofos (Campbell, 1988). Es cierto que la gran oleada de relativismo en filosofía de la ciencia ha llevado a algunos autores a proclamar la muerte de la epistemología y a científicos sociales a abandonar la investigación social por la filosofía, pero en este último caso se trata de minorías, la mayoría sigue generando conocimiento y publicación de artículos en revistas científicas no ha menguado, por el contrario, se ha acrecentado en el mundo (Cruicshanks, 2003).

Es decir, la escisión entre epistemología y práctica de la investigación científica se da, a pesar de recuperaciones parciales de las doctrinas relativistas por científicos sociales, que las desubican de su marco anti

epistemológico. En esta medida, como no es interés de los diversos relativismos proponer un método de investigación alternativo al positivista, sino al criticarlo rechazar toda idea de método, han dejado huérfanos de opciones a los científicos sociales que siguen haciendo ciencia (Feather, 2000). En estas condiciones aparecen alternativas de método no relativistas comúnmente superficiales en su fundamentación epistemológica como la grounded theory o bien hay un renacimiento del positivismo en estado práctico en muchas investigaciones empíricas en ciencias sociales, que no se cuestionan el problema epistemológico de sí puede haber correspondencia entre teoría y realidad, como tampoco sí los datos empíricos están dados o son siempre contruidos por los sujetos, así como la influencia de las relaciones de poder cuando están construyendo conocimiento (Flores, 2013). Es decir, investigan con métodos que supuestamente había quedado desprestigiados a partir del giro lingüístico y sus fundamentos deconstruidos para no volver a construirse. Para el científico normal –en el sentido de T. Khun- el problema es que la aceptación relativista hasta su última consecuencia llevaría posiblemente al agnosticismo y a rechazar el que hacer de la ciencia como diferente del conocimiento cotidiano, como simple juego del lenguaje (Freeman, 2011). Entonces, para no paralizarse, ni reducir la profundidad del debate en la metodología de la ciencia al de técnicas cuantitativas vs. cualitativas, prefieren ignorar a la nueva epistemología, mejor dicho antiepistemología, y acogerse a formas de hacer ciencia que gozaron de gran legitimidad en el pasado, definidas como una lógica de cómo hacer ciencia: el método hipotético deductivo, minado desde hace varios decenios en sus fundamentos, pero para estos científicos concretos ya no se trata de justificarlos sino de ignorarlos, así como sus críticas. El primero sería el camino de la parálisis y lo cierto es que intuitivamente la mayoría de estos

científicos son realistas y siguen creyendo en que la ciencia puede dar cuenta de realidades sociales (Ginev, 1995).

Aunque cuestionamientos a la objetividad del conocimiento científico se habían dado muchos siglos atrás, pasando por Kant, en el siglo XX se iniciaron por la vía Hermenéutica en torno de la interpretación de los significados y de la sociología del conocimiento (Ricour, 2003). Estas perspectivas suponían relativismo desde el momento en que no hubo consensos de sí había método para interpretar significados, y, además, el poder, la cultura serían inseparables de la “verdad” de la ciencia (Ginev, 2013). A pesar de la “disputa europea por los métodos”, iniciada por Dilthey y Mach y continuada con Husserl, Heidegger y el positivismo lógico, este último se impuso en el mundo por varios decenios y la lógica de la investigación científica se presentó como la reflexión más poderosa acerca de la objetividad del conocimiento a través de un método (el hipotético deductivo) y la prueba empírica (Ferreris, 2002). Este positivismo pretendía proporcionar guías aparentemente seguras a los investigadores, puesto que decía apoyarse en la forma de hacer ciencia de la impactante, por sus descubrimientos, ciencia natural. De tal forma que la epistemología positivista dominó el panorama epistemológico y de metodología de la ciencia de los treinta a los sesenta del siglo XX (Hall, 1990).

Este positivismo se presentaba aparentemente sin ontología basado en como investigaba la ciencia natural en forma estilizada. Sin embargo contenía implícita una ontología: suponer que la ciencia buscaba leyes universales implicaba pensar a la realidad como dada en términos de sus leyes, creer que había un solo método y una sola ciencia (a diferencia de Dilthey) y este era el de las ciencias naturales, considerar que el dato empírico, captable a través de los sentidos, estaba dado en la realidad, que ignoraba las objeciones

hermenéuticas acerca de la objetividad de la observación sensible (Jameson, 1969).

Aunque la posibilidad o bien el significado de la objetividad en la ciencia habían sido cuestionado siglos atrás y en el siglo XX por las corrientes Hermenéuticas o de sociología del conocimiento, la unificación de las críticas y un verdadero turning point se dio en los sesentas con el giro lingüístico (Kaufman, 1943), es decir la aseveración sencilla pero potente, difícil de rebatir, que el conocimiento depende de los conceptos utilizados, del lenguaje. En esta medida, diferentes lenguajes llegarían a resultados contrastantes y no habría manera de discernir en su contenido de verdad, de deslindar entre lo que la realidad es y lo que añade el concepto (Lamola, 2013). Se cuestionaba, así, al concepto clásico de correspondencia entre pensamiento y realidad que ha conducido al relativismo. En esos mismos años, sin estar dentro del giro lingüístico, Thomas Khun siguió la tradición de pensar que sobre la ciencia y el conocimiento en general influyen las relaciones de poder e interese de los miembros de su propia comunidad o con Foucault pensar que toda relación social implica relaciones de poder, en un sentido más amplio que en Khun, que determinarían los órdenes epistémicos (Leaf, 2012). Ambas perspectivas minaron el consenso positivista pero la segunda era una crítica externalista, no tanto a la lógica del método positivista sino a la influencia del contexto, en cambio la primera tocaba al corazón del método, en esta medida se convirtió en la más influyente para criticar al positivismo. Como el positivismo dominaba a los largo y ancho de la epistemología y sobre todo en la metodología de la ciencia, lo que se iniciaron como críticas a esta gran perspectiva se volvieron en contra de todo realismo, atribuyendo a unas y otras corrientes realistas los mismos supuestos de realidad o de cómo conocer. Como que veremos, resultó en un abuso de la crítica hermenéutica en contra

de toda idea de método. No todas las perspectivas realistas antiguas o modernas son positivistas. Las críticas relativistas al positivismo se extendieron a toda corriente que considerara que el mundo tiene alguna estructura que pudiera captarse a través del pensamiento. Según la crítica, esto no sería posible porque la mediación del lenguaje impediría garantizar la captación de esa supuesta estructura, por el otro lado, el poder, que derivaría en paradigmas diferentes tampoco garantizaría correspondencia o la posibilidad de captar estructuras. El relativismo se extiende a la prueba empírica, el dato empírico es captado por el sujeto a través de los sentidos, pero la percepción está también en función del lenguaje, por tanto no habría percepción de datos tal cuales, sino dependientes de la subjetividad, del lenguaje o del poder y esta mediación que relativiza al dato y a la fuerza de la prueba empírica no podría ser salvada. En fin, que no habría métodos seguros de llegar a la verdad, ni estos podrían tener fundamentos en una epistemología que lo garantizara, de tal forma que el relativismo es, a su vez, un antifundamentacionismo. No habría fundamentos de método o de conocimiento verdadero (Luft y Shields, 2014).

Habría que anotar que aunque el relativismo en sus diferentes formas puso el acento en la crítica al positivismo, puesto que era la corriente dominante en epistemología y metodología hasta los sesenta del siglo XX, sus críticas se extendían, a toda teoría realista, aunque no fueran positivistas (McLennan, ed., 2014). A toda posición realista en el sentido que algún nivel de comprensión o explicación podía ser validado (O'Hears, ed., 2012). Es decir, en contra de toda idea de ciencia, salvo que eufemísticamente se aceptara que existe la ciencia, pero como un discurso más sin jerarquía de verdad. Es decir, el relativismo tendría que ser visto como antiepistemología –de hecho los relativistas más consecuentes han proclamado la muerte de la epistemología o

bien su sustitución por la psicología cognitiva, como en el pragmatismo. Antiepistemología, en tanto no podría haber una doctrina que proporcionara guías seguras de cómo alcanzar la verdad. No obstante los relativistas se mueve en el plano de la discusión en parte ontológica en parte epistemológica, en este último plano se convierten en una antiepistemología con fuerte argumentación acerca de cómo no se puede llegar a la verdad (Pietersman, 200). Asimismo, cuando se mencionan a las críticas actuales a la ciencia como relativistas y no como agnósticas se incurre en un eufemismo. No es lo mismo construcción de conocimiento que no puede pretender corresponderse con alguna realidad, a decir que a pesar de los efectos en el poder y la dominación o la cultura pudiéramos construir conocimiento verdadero. Porque el punto no es sí se construyen ideologías y a estas se les llama conocimientos relativos porque puede haber muchos y ninguno puede reclamar ser más objetivo que el otro, sino si se puede hacer conocimiento verdadero, reconociendo la mediación del lenguaje o del poder (Rankin, 2013). El primer caso es el reconocimiento de que ninguno de los llamados conocimientos que elabora la ciencia puede pretender decir de la dimensión de la realidad externa al sujeto. Si fuera así, entonces habría que llamarle agnosticismo y no simplemente relativismo.

La crítica relativista es reductiva al lenguaje o al poder y ciertamente rebate a todo realismo ingenuo de reflejo de la realidad por el pensamiento, y no puede ser refutado que entre pensamiento y posible exterioridad siempre está la mediación del lenguaje o que el poder forma parte de todas las construcciones sociales (Reckman, 1991). Sin embargo, esta crítica, con todo y su impacto resulta reductiva porque se refiere sobre todo al positivismo y luego se le adjudica a todo realismo. Tampoco resume todas las objeciones que se han

acuñado con el tiempo a este gran paradigma. Habría que empezar con su pretensión de encontrar leyes universales y recordar las críticas de Popper al verificacionismo, en cuanto a que toda verificación implica inducción y la imposibilidad de inducir proposiciones universales, puesto que un solo caso futuro que negara aquella proposición sería suficiente para negar su universalidad, ergo, no es posible verificar proposiciones universales. También habría que recordar las críticas al concepto estándar de teoría, como sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva. Las críticas empezaron con el propio Hempel en cuanto a que las teorías no podrían verificarse proposición por proposición sino a través de nodos por bloques, o la crítica de Bachelard en cuanto a que en lugar de sistema hipotético deductivo sería mejor pensar en un perfil epistemológico con relaciones entre conceptos y conceptos por niveles de claridad, desde los más claros hasta los francamente oscuros, o bien en la epistemología postestructuralistas para los que la teoría es una red, en una concepción conjuntista y no proposicional. En nuestros términos, una configuración con relaciones claras, oscuras, proposicionales, analógicas, metafóricas, por reglas prácticas, con indexalidad, con conceptos infiltrados de términos del lenguaje común, lógica formal junto a formas de razonamiento cotidiano (De la Garza, 1988).

Asimismo, es criticable en el método hipotético deductivo el concebirlo como un proceso de deducciones sucesivas, desde la teoría estándar, pasando por hipótesis deducidas de la primera, indicadores deducidos de los conceptos teóricos y verificación con datos percibidos a través de los sentidos sin problematización de que lo que es percibir. Las hipótesis no siempre se pueden deducir de configuraciones complejas como las mencionadas que serían las teorías, a veces son imaginadas o intuitas, asimismo los indicadores no pueden deducirse de los conceptos teóricos porque son síntesis de más

determinaciones que los conceptos abstractos y el dato, gran aporte hermenéutico, depende del concepto (metodológicamente del indicador que es un concepto más concreto que el concepto abstracto), la mediación lingüística, pero también de los sujetos que las ciencias sociales investigan siempre presentes en el dato empírico. Esta doble hermenéutica entre la percepción como significado construida por el investigador y la interacción simbólica con el investigado, que presupone otra construcción a partir de preguntas o diálogo, implica la doble determinación de la construcción del datos a partir del lenguaje teórico del investigador (que vimos que no es puramente teórico) y el común del investigado con sus respectivas negociaciones o imposiciones de significados (Rennie, 2007). Es decir, el positivismo fue ingenuo al pensar en datos dados en la realidad sin esta doble hermenéutica (Ricarez, 1990). Por el lado del contenido subjetivo del conocimiento, el ingenuo era Popper que pensó en un proceso ideal de justificación de las hipótesis regido por una racionalidad instantánea que llevaría a reconocer inmediatamente cuando algo quedaba refutado: “El conocimiento en el sentido objetivo es conocimiento sin sujeto”. En cambio estos sujetos que hacen conocimiento tienen intereses, usan ciertos lenguajes, están en relaciones de poder que los lleva kuhnneamente a sostener su paradigmas aunque no se verifiquen, por ejemplo a través de cinturones de protección. Es inevitable situar el proceso de construcción de conocimiento científico en su contexto cultural, social, político, así como en su momento histórico y espacial. Lo último se justifica más cuando se parte de la concepción de que el objeto o sí se quiere la relación sujeto-objeto se transforma, no está sujeta a leyes universales y el conocimiento puede profundizarse.

I. Las corrientes atifundacionistas

Desde los años sesenta arrancó una gran oleada relativista, al principio fue de mayor impacto el antipositivismo a la manera de Khun que no remite a los significados, posteriormente ganó gran ventaja la crítica Hermenéutica. Este rescate Hermenéutico no solo tiene que ver con el giro lingüístico, en todo caso, este es una síntesis que se venía acuñado desde Dilthey, pero sobre todo con Husserl al establecer estas posiciones extremas subjetivistas, tales como que la esencia es el sentido que el ser tiene para el ego, o bien que el objeto es la propia conciencia, o la identificación sujeto-objeto. No obstante Husserl puede ser tachado de subjetivista pero no individualista sino trascendental y, en esta medida, no relativista. Es decir, al idealismo Husserliano se añadió el relativismo, despojando a la primera de su trascendentalismo fenomenológico y de su propuesta de que sí puede haber un método, el fenomenológico, que si llevaría a la verdad, entendida como el conocimiento del estado trascendental de la conciencia (Ricour, 2007).

La oleada relativista iniciada en los sesenta del siglo XX, tenía como centro de ataque al positivismo, pero, también a todo estructuralismo (reivindicaba la centralidad de la conciencia y de la construcción de los significados), a las teorías que en el siglo XX se habían atrevido a hacer predicciones o señalar rumbos de cambio de la sociedad. Es decir, era un relativismo en cuanto a la capacidad de la ciencia para conocer la realidad, bajo el supuesto ontológico de que no había manera de desbrozar entre lo que el ser es y la conciencia del mismo. El resultado eran dos relativismos, en el extremo el de la incapacidad de conocer, en lo menos extremo lograr sólo conocimientos relativos al lenguaje (para los postempiristas también por el poder y el interés).

Se aceptaba en forma cada vez más amplia la doble Hermenéutica y se le declaraba insalvable: la investigación científica implicaba una interpretación

del investigado (a las preguntas del investigador), desde su lenguaje y cultura y otra del investigador desde su lenguaje teórico y su cultura también. Estas consideraciones no podrían explicarse sin añadir la importancia que la ciencia social daba al tema de la interpretación de significados por parte de los actores de las relaciones sociales, es decir, el haberse conjugado con otra oleada de otro nivel antiestructuralista. Las teorías que surgieron o se reactivaron a partir de los setenta del siglo XX ya no podían formularse legítimamente sin incluir al lenguaje, la conciencia o la subjetividad, en unas junto a estructuras e interacciones, en otras los actos de conciencia medidos por el lenguaje se convertían en la única realidad de la que era posible hablar, que como vimos tenía en Husserl su formulación más estricta. Por supuesto que había posiciones intermedias (Ricour, 1998).

Por eso la Postmodernidad no surgió en los ochenta del siglo XX como rayo en día sereno. A su manera sintetizó al relativismo de los últimos 20 años: su crítica a los grandes discursos, a toda idea de sistema, de estructura de Totalidad; su idea de conocimiento científico como simples juegos del lenguaje mediados por el poder; el fin de los grandes sujetos, proyectos e ideas de futuro. Otra perspectiva relativista de esta última época fue el constructivismo, decía Gadamer que el lenguaje construye al mundo no lo representa; fue también el renacimiento del interaccionismo simbólico para el cual la realidad es construida en interacción, con desprecio de estructuras objetivadas, e introduce una idea ahora muy socorrida entre los relativistas consensualistas, que los significados que importan no existen en la conciencia, sino en la interacción, que en esta son negociados y de esta aceptación compartida surge el significado.

Hay también una reacción en contra del subjetivismo a cargo del textualismo cuando se plantea la objetividad del texto frente a la subjetividad del

significado y se llega a proponer el abandono de la idea de significado. Dice Quine que el significado no puede ser observado a diferencia del texto, que pareciera retraer a un positivismo del círculo de Viena.

Sin embargo el textualismo no logró resolver el problema clásico (Hermenéutico) de la interpretación del texto, es decir, el texto, aunque se le aislara del sujeto que lo generó, de la interacción con otros sujetos y, en general, del contexto de su producción, no puede ser interpretado sino a través de la comprensión que no resulta de la simple observación de lo que dice el texto a través de los sentidos. En términos de técnicas de análisis de lenguaje pareciera retarse la propuesta al desprestigiado análisis de contenido, por la cual el texto vale en sí mismo por el contenido de las palabras o las frases y no por su interpretación, lo que llevaría nuevamente al tema del significado y la intervención de sujetos, a la doble Hermenéutica y a la indexalidad del significado en el corpus del texto pero también en el contexto extradiscursivo económico, político, social

El pragmatismo, por su parte, no es relativista, sería más verdadero lo más exitoso, en cambio si es antifundacionista, no habría fundamentos teóricos, epistemológicos, de método para ser exitosos, la verdad no sería explicativa ni comprensiva, la única correspondencia sería con el éxito. Esta corriente ha planteado insistentemente el fin de la epistemología o como dice Quine, su sustitución por la psicología cognitiva. Sin embargo, el pragmatismo no logra resolver los problemas Hermenéuticos principales:

- 1). Como interpretar que el resultado de una acción fue exitosa o no. Lo anterior requiere interpretación, Hermenéuticamente aún los resultados en términos de datos empíricos necesitarían la comprensión de significados y estos significados podrían ser compartidos colectivamente.

2). No es cierto lo que afirma Heidegger, que el ser en el mundo es prereflexivo. Por el contrario, las prácticas rutinarias tuvieron que aprenderse e intervenir la reflexión. Estas son guiadas por reglas conscientes o no conscientes, sin embargo, esas reglas solo son guías esquemáticas acerca de los cursos de acción, de tal manera que la complejidad de la realidad cotidiana puede obliga a los sujetos a ejercer un monitorio permanente y hacer las correcciones necesarias. Habría que agregar a las prácticas extraordinarias que requieren necesariamente de reflexión para actuar

3). Para James la acción exitosa requiere de consenso en una comunidad. Pero esto remite a una dimensión hermenéutica colectiva, es decir, comunitariamente se negocia el significado de que es ser exitoso. La prueba práctica sería decidida en su éxito intersubjetivamente. Además, a este autor le faltó considerar que en los grupos sociales no solo hay comunidad sino también poderes que se imponen sin consenso.

Es decir, más allá de la influencia geopolítica del pragmatismo, son la Hermenéutica y la fenomenología las corrientes más profundas de crítica a los fundamentos de la ciencia, por encima del postempirismo que remite a mediaciones externas de lo que los positivistas llamaban la lógica de la investigación. Las cuales son pertinentes en la discusión pero no dejan de ser un sentido común del que hacer de la ciencia. En cambio los hermeneutas engarzan con lo más sofisticado de la filosofía clásica y contemporánea (Ricour, 2008).

II. Alternativas

Concordamos parcialmente con una parte de la Hermenéutica que plantea volver a la ontología, el “ser en el mundo”, pero no para desechar a la epistemología sino para mejor fundarla. Operación inversa de la que pretendieron los positivistas que creyeron fundar una epistemología sin ontología –esta sería metafísica la no estar sujeta a la verificación, sin embargo, vimos al principio, si había una ontología implícita (Sainsbury, 1980).

Algunos principios ontológicos podrían ser:

- 1). La construcción de significados no es solo una manera de ser en el mundo sino una dimensión de lo real
- 2). La construcción de una ontología de la práctica, diferente de la pragmatista, que implicara que esta es resultado de las relaciones entre sujeto y objeto, de tal forma que habría estructuras objetivadas, resultado sedimentado de prácticas sociales, de las cuales los sujetos podrían tener conciencia o no (Sfcinmetz, ed., 2012). Lo anterior significa la posibilidad de existencia de estructuras extralingüísticas que no determinan la acción ni a la conciencia pero si las presionan. Sin embargo, en la acción los sujetos ponen en juego significados que son parte de lo real que se conjuga junto a las interacciones y acciones, en relaciones recíprocas para explicar la acción. En otras palabras, la acción no solo se mide por el éxito –no deja de ser una versión burda de la elección racional sin introducir la racionalidad del sujeto-, sino que es posible descubrir con cuales significados, con cuales presiones estructurales e interacciones, en cual contexto de multiniveles se produjo la acción colectiva (Shlazqui, 1986). El tema de la reflexión conectada con la acción no lleva a pensar que cada acción implica pleno conocimiento de la situación, pero sí de algún nivel de reflexibilidad, que no es fundamentalmente epistemológico sino ontológico. Además, el tema de reflexibilidad lleva al de

subjetividad social, entendida como construcción social de significados en la coyuntura (Sigaard, 2011). Este problema conduce, a su vez, al de las relaciones entre cultura y subjetividad, que, tratando de escapar del automatismo funcionalista, podría significar su distinción. La cultura como acumulación de códigos socialmente para dar significados, y la subjetividad como la construcción concreta a partir de la cultura, que en la coyuntura concreta supondrían para el actor no la construcción de sistemas, sino de configuraciones a partir de dichos códigos, más posibles asimilaciones o fusiones para el caso. La configuración subjetiva, que sería la red concreta de códigos para dar significado a una situación concreta y decidir la acción, no podría ser sistémica sino red que acepta la contradicción, la discontinuidad y la obscuridad (Tolman y Bydon-Miller, 2001). Códigos de campos como el cognitivo, el emocional, el moral, el estético, armados en configuración a partir de la lógica formal o bien de formas de razonamiento cotidiano como la metáfora, la analogía, el principio etcétera, la hipergeneralización o los recursos retóricos. La acción puede incluir propiamente interacciones con significados negociados, pero también impuestos y aceptados por el interés, el miedo o la fuerza. Asimismo, las relaciones con la naturaleza no serían propiamente interactivas, aunque si interpretadas por el sujeto en su comunidad.

De manera más específica una Ontología Postpositivista incluiría:

- 1). El postulado de que no hay leyes universales, sino que estas son Históricas, sea porque la realidad social está en constante transformación incluyendo sus legalidades, sea porque cambian las interpretaciones con el tiempo
- 2). Las leyes no serían propiamente causales, sino de tendencia, lo que significaría estar sujetas a más determinaciones que las implicadas en la Ley. Estas tendencias presionan a los sujetos pero no los determinan. En las

ciencias naturales la causalidad solo es pertinente en condiciones experimentales, cuando se aísla el objeto de otras determinaciones.

3). La acción no solo interesa en sus resultados sino que puede ser explicada-comprendida a partir de las estructuras, de subjetividades e interacciones en contextos multiniveles, que presionan a los actores. Estas estructuras en lo social resultan de prácticas anteriores objetivadas, de las cuales los actores pueden tener o no conciencia, pueden ser también estructuras discursivas, pero la realidad no se reduce al discurso, ni tampoco al sentido que el ser tiene para el ego. Como dice Bazkhar: lo real depende de conceptos pero no exhaustivamente.

4). La verdad en lo social es explicación-comprensión de estructura-subjetividades-acciones no buscando correspondencia sino la definición del espacio de lo posible para la acción de sujetos sociales en la coyuntura.

De una ontología postpositivista podría desprenderse una metodología no positivista que no reprodujera a aquella corriente, que retomara las críticas relativistas en un objetivismo relativo:

1). Pasar del concepto de Método como proceso de verificación hipotético deductivo al de reconstrucción de la Totalidad concreta a la situación concreta, que implicaría la explicación-comprensión de las relaciones concretas en la coyuntura entre estructuras-subjetividades y acciones. Proceso de indagatoria no deductivo a partir de un marco teórico sino Heurístico, por el cual habría descubrir cuáles son las estructuras que presionan en la situación concretas, conformando una configuración estructural; cuales códigos subjetivos conforman la configuración para dar significado y como se arman las relaciones sociales también en configuración.

2). Del concepto de teoría estándar como sistema de hipótesis vinculadas entre sí en forma deductiva al de configuración como red flexible entre conceptos teóricos y términos del lenguaje común, vinculados por la deducción o la inducción, pero también por formas del razonamiento cotidiano

3). La impertinencia del camino de prueba de las hipótesis frente a una epistemología y metodología abiertas que buscan el descubrimiento y no la justificación de teorías o hipótesis.

4). El dato empírico no sería algo dado, depende del lenguaje del investigador (conceptos teóricos), pero también de sus intereses y en cuales relaciones de poder se ubica. En ciencias sociales, como los datos más relevantes provienen de los sujetos investigados, sus respuestas, que son materia prima para construir los datos en la investigación, estarán mediados por la comprensión entre el lenguaje del investigador y el investigado, de la cultura del mismo, de sus experiencias y de cuales estructuras los presionan, además de intereses y poderes en juego. Tampoco se trata de un proceso tipo comunidad ideal del diálogo de puro consensos acerca de los datos generados y sus significados, porque entre investigador e investigado también hay relación es de poder, además de la posible intervención indirecta de otros sujetos por los dos lados.

Recapitulando: la realidad no se reduce al discurso, al texto, ni a la conciencia. Estos son parte de la realidad y pueden tener estructuras. Lo que permite apelar a lo extralingüístico es el concepto de objetivación (Skinner, 1969). Hay aspectos de la realidad que no son objeto de conciencia, de textos o de discursos y que influyen en nuestras vidas, estas dimensiones pueden ser sociales o naturales. Las dimensiones objetivadas de la realidad social

proviene de objetivaciones de las propias prácticas de los sujetos, son productos de la acción humana que adquieren vida propia y que existen como realidades de segundo orden con respecto de aquellas cara a cara. Por ejemplo, el concepto de Mercancía no es solo un pensamiento o una palabra, sino que designa lo común que tienen todas las mercancías en particular, tener un valor de uso y un valor, en esta medida la mercancía existe en todas las mercancías como su objetivación. Pero la mercancía, producto del trabajo humano, se puede volver sobre sus creadores y dominarlos, por ejemplo en las crisis económicas (fetichismo). Estas realidades extralingüísticas pueden tener estructuras (partes relacionadas entre sí de acuerdo con ciertas legalidades). Lo anterior forma parte de la noción de objetivación, aunque ciertamente que la realidad no se reduce a las estructuras (estructuralismo), ni éstas determinan a los sujetos, sino los presionan. La Totalidad de relaciones no es sino las relaciones entre sujeto y objeto. La Totalidad en el pensamiento son las relaciones descubiertas como centrales para explicar-comprender la acción. Las objetivaciones no solo pueden ser de objetos materiales, por ejemplo del trabajo humano en edificios, sino también culturales, subjetivas, discursivas, textuales y hasta formas de razonamiento. Por ejemplo Lucien Febre habla de estructuras de pensamiento de una época; Bordieu del Habitus de una clase; Schütz del significado objetivo.

El otro gran tema, que no agota al de la Metodología, puesto que la realidad no se capta sólo por comprensión de significados, es el de sí puede haber método Hermenéutico, es decir para comprender los significados de los actores sociales (Bret, 2013) (Cooke, 2011). En este punto el relativismo se siente más cómodo que con las ciencias naturales, las que han hecho grandes descubrimientos difíciles de reducir al lenguaje en sus consecuencias prácticas y teorías. Es donde operaría más cabalmente la doble Hermenéutica. Si por

método entenderíamos lo que los positivistas, una lógica universal y neutral, no sería posible tener algo así para comprender los significados. Pero si entenderíamos por método guías heurísticas para construir conocimiento, en especial para comprender significados de los actores, no universalizables sino en función de la situación concreta, habría que empezar aceptando que los significados son importantes y no pueden ser sustituidos completamente por los textos. Son importantes porque entre estructuras que presionan y acciones los actores dan en parte sentidos a través de significados y deciden la acción (Ginev, 1995). Esta generación de significados por los actores sociales está en relación con los contextos lingüísticos y no lingüísticos (indexalidad) y con las estructuras e interacciones que los presionan. Parcialmente la idea puede retomarse de Gadamer: “se validan por razones y argumentos en la comunidad, de acuerdo con una tradición”. Ciertamente la capacidad de argumentación es decisiva pero podríamos quitarle el restante relativismo de que cada comunidad al tener sus propias tradiciones cuenta con argumentos válidos relativamente, para continuar con la falta de objetividad entre comunidades en la argumentación, cuando de lo que se trata es de captar las razones y argumentos válidos para los sujetos que realizan la acción que puedan ser convincentes también para otros. En todo caso, no se trata de ver si estos argumentos son válidos con respecto de otra realidad, sino si guiaron la acción (Kyung-Man, 2002). Por supuesto que dichos argumentos no los puede simplemente deducir el investigador de una teoría, aunque puede haber teorías que no habría que despreciar en el sentido heurístico, que guiaran hacia encontrar los argumentos de esa comunidad. De cualquier manera necesitaremos del concurso y diálogo con sujetos de la comunidad no sólo para imaginar sino para reconstruir las razones que los llevaron a la acción y, a la vez, preguntarnos si estas tenían que ver con estructuras extrasubjetivas. Es

decir, a Gadamer le falta otro concepto de objetividad diferente del antipositivista (no correspondencia entre pensamiento y realidad externa al sujeto). Cuando vamos por un camino no positivista no basta con decir que hemos formulado las razones de la acción de otros, sino si estas fueron objetivas (voluntad objetiva, diría Gramsci). Objetivas teórica, argumentativamente, conforme a datos y sobre todo a la reconstrucción de la Totalidad, la verdad como articulación en donde lo empírico tendría un papel subordinado a la reconstrucción. Aunque finalmente a dicha realidad no se pueda sino aproximarse.

Es decir, a Gadamer, que nunca fue un científico social, le falta el tema específico del dato que valida una interpretación, si este problema no se resuelve solo queda el relativismo extremo. El dato para la interpretación de significados ciertamente que tiene que ser intersubjetivo entre investigador e investigado, pero no en relación arbitraria o antojadiza, sino se trata de una confrontación interpretativa entre la comprensión que viene de la teoría del investigador, el contexto y los sentidos comunes de los investigados. Aquí es donde entra el tema del consenso, que, nuevamente queda muy simplificado en los Hermeneutas (O'Hears, ed., 2012). Se puede llegar a acuerdo e incluso a desacuerdos e interpretar. La primera opción no necesariamente es un diálogo de comunidad ideal a la Habermas (Cooke, 2011), puede acercarse pero también una de las partes ser disuadida por mayor capacidad argumentativa, por autoridad, por fuerza, de tal forma que aceptación no es igual a consenso, pero es igualmente una de las posibilidades del diálogo. Intersubjetivo solo querrá decir intercambio y discusión de significados pero no necesariamente consenso ideal. El dato de significado ciertamente es intersubjetivo. Pero falta añadir que los datos, aunque también implican interpretaciones hacen intervenir los sentidos en una percepción. Sobre la

captación de realidades a través de los sentidos cabe la misma observación general sobre los pensamientos, que depende la observación del lenguaje. Pero nos e trata de observaciones arbitrariamente interpretadas, sino que trascurren por la vía de consensos sociales acerca de los significados de lo observado (por ejemplo la edad es entendible de manera homogénea en el mundo occidental porque se ha institucionalizado a través del registro civil). Lo anterior no significa simple convencionalismo desde el momento en que el dato tiene un componente subjetivo y, a la vez, de una realidad externa al sujeto (Tudor, 1982). Es decir, la convención lingüística para observar no le quita necesariamente objetividad al dato, se trata de un recorte de ese nivel de realidad que es lo observable que depende del concepto pero también de la realidad externa al sujeto. En esta medida hay recortes de lo real empírico (lo real siempre en lo social es sujeto-objeto) peores o mejores para explicar y comprender, en el caso del significados para comprender. El dato, por lo tanto nunca puede ser absoluto o estar simplemente dado en la realidad pero si poder ser aproximado en tanto permite explicar o comprender mejor. Otro tanto se puede decir de todo el edificio de reconstrucción de la Totalidad de las relaciones entre estructuras-subjetividades y acciones. Es decir, el concepto de objetividad, no puede reducirse al consenso en la comunidad (Wacherhauser, 1994). Empezando porque no hay comunidades ideales del diálogo y las comunidades académicas de investigación se parecen mucho más a la imagen de Khun en eterna competencia y relaciones de poder que a la de Habermas de interacción comunicativa en el mundo de la vida o a la del interaccionismo simbólico generalmente reacio a incorporar al poder.

El último Ricour pareciera alejarse un poco del intenso relativismo (Ricour, 2007) de sus primeras épocas cuando dice que a la comprensión de los significados se llega como probabilidad (validación), esta validación es

argumentativa, pero implica también “indicios” (signos), se buscan en los significados “razones para”. A todo esto se le podría llamar una metódica, la comprensión implica a la explicación (Ricour, 1996).

La objetividad del conocimiento incluye a la argumentación pero no es pura argumentación, es también la intervención de datos, que aunque no los haya puros (dependen de conceptos y de instrumentos de construcción), sin embargo, tienen la propiedad, a diferencia de la sola argumentación, de tener una cara en el concepto y otra en la realidad que se quiere investigar, aunque esa realidad fuera la subjetividad o la cultura de los que hacen la acción (Wodak, 2008). Puede haber mejores o peores explicaciones y comprensiones de acuerdo con resultados. Pero el pragmatismo también debe ser superado y puede serlo diferenciando primero entre práctica y praxis. Dejando el primer concepto para las prácticas rutinarias, reiterativas, aquellas que han hecho pensar a autores notables que son prereflexivas (Heidegger) o inconscientes (Giddens, Bordieu). Aunque señalamos más atrás en mayor o menor grado la práctica humana implica algún nivel de reflexión, lo anterior no quiere decir dejar fuera al inconsciente (entendido como no consciente), pero actuando junto al consciente y éste no sería un epifenómeno del primero. El actor no siempre tiene claros los motivos de su acción.

La praxis como práctica transformadora de la realidad del contexto del sujeto y del propio sujeto, supone en parte reflexión, en esta intervienen reglas, motivos y presiones de las estructuras llamadas por otras causas, junto a lo no consciente o a lo que no puede expresarse con palabras (Dosse, 2008). Acerca de la praxis puede interesar su explicación-comprensión, para esto habría que reconstruir la Totalidad concreta de niveles de la realidad objetivados junto a aquellos subjetivados, pero el problema más relevante es el de definir en la coyuntura del tiempo presente el espacio de posibilidades viable para la acción

de los sujetos. Un problema así no es de explicación-comprensión ni de predicción estrictamente (Scott, 1992).

Finalmente, no se trata de acuñar otro criterio de demarcación como en el positivismo. Entre ciencia y no ciencia hay un continuum en las teorías científicas, como dice Putnam, en donde se entremezclan en mayor o menor medida conceptos científicos con términos del lenguaje común, incluso imágenes a la manera de Benjamin, como ya expresamos para la estructura de las teorías. Una distinción entre los dos no es que el pensamiento común es arbitrario y la ciencia no, los dos siguen sus reglas que no son las mismas. En particular para la ciencia sus afirmaciones no son al azar o antojadizas y se reflexiona a partir de teorías, aunque nunca está ausente el sentido común, episteme y doxa forman parte de la ciencia. La ciencia se prueba en la praxis y hace intervenir los datos en la prueba. Esa prueba es, a la vez, de sus fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos, empíricos y técnicos. Estas pruebas son posibles no sólo porque el sujeto argumente –se puede argumentar fantasiosamente- sino porque es capaz de conectar esos argumentos con teorías y con datos. Es decir, las ciencias sí tienen fundamentos, aunque estos no sean universales, cambien con la Historia, con el objeto de estudio. Se trataría de un realismo crítico –lo que Beuchot (2013) llama realismo analógico.

Conclusiones

Hermenéutica radical, Postempirismo, textualismo, pragmatismo han apuntado a problemas razonables de la ciencia y contribuido a resquebrajar los fundamentos del positivismo (Sigaard, 2011). Sus anotaciones no pueden ser ignoradas, pero habría que ubicarlas en un contexto de objetividad relativa y no de simple relativismo que conduce al agnosticismo y a la parálisis de la investigación científica, que queda como simple juego del lenguaje. Por

muchos años los relativistas con sus críticas han tirado el agua sucia de la epistemología positivista pero junto con el niño de la ciencia, al volverse impugnación de toda ciencia que se pretenda como tal. Sin embargo, el real efecto de este relativismo fue alejar la investigación científica concreta de la epistemología y en general de la filosofía, y lo que pudo ser desde los ochenta del siglo XX una nueva era de lo que es y cómo se debe hacer ciencia se convirtió en divorcio y retorno por científicos sociales a las formas más criticadas de cómo hacer investigación –el método hipotético deductivo a través de cuantificaciones (Rockmore, 1990). En la primera situación de pérdida de fundamentos en el quehacer científicos, en el mejor de los casos investigadores científicos han recuperado aspectos parciales de la crítica hermenéutica para intentar tímidamente otras formas de investigar, pero en estos se cumple también la falta de fundamentos porque de haber asumido cabalmente esa hermenéutica radical no estarían haciendo ciencia. Es decir, la primera situación de influencia del antifundacionismo en los científicos sociales ha sido la inconsecuencia entre esa antiepistemología y la adopción de aspectos parciales que no van al fondo de aquella crítica de la ciencia. La segunda situación de la influencia de las filosofías que plantean la ausencia de fundamentos en la ciencia, sería la adopción de versiones menos radicales de la Hermenéutica (Schütz, Goffman, Gertz) o del propio Foucault visto como metodólogo y no como impugnador del saber o su subsunción en el poder. Pero ninguna de las dos opciones sensibles al momento antiepistemológico actual conduce al establecimiento de nuevos fundamentos, sino a reforzar la hipótesis antifundacionista de que la ciencia se sigue reproduciendo sin fundamentos, como simple discurso si pretender decir de la realidad. Por supuesto que hay una tercera opción para los científicos sociales impactados

por el relativismo, que es abandonar la construcción de conocimiento científico y volverse filósofos.

En América Latina, subcontinente importador neto de epistemologías, teorías y métodos, el relativismo se ha impuesto en el campo de la filosofía de la ciencia, sin embargo, la investigación científica no ha decaído, ni sus polémicas acerca de la verdad de sus afirmaciones. En esta medida se dan mezclas heterogéneas, reflexiones parciales y muchas modas que hay que superar y es necesario polemizar con las corrientes relativistas y liquidacionistas de la ciencia, que como dice Margaret Archer son incapaces de dar cuenta de los grandes descubrimientos de las ciencias naturales y que parecieran proponer a los científicos sociales seguir jugando lingüísticamente sin pretender cambiar el mundo.

Bibliografía

Apel, Karl-Otto (1992) "The Hermeneutic Dimension of Social Science and its Normative Foundation", *Man and Worlds*, 25, pp. 247-270.

Austin, Harrington (2000) "Objectivism in Hermeneutics?", *Philosophy of Social Sciences*, V. 30, No. 4, dic., 491-507

Barbalet, J. M. (1983) *Marx's Construction of Social Theory*. Boston: Routledge.

Bernstein, Richard (1983) *Beyond Objectivism and Relativism*. Penn.: University of Pennsylvania Pres.

Beuchot, M. (2013) *Manifiesto del Nuevo Realismo Analógico*. Argentina: Círculo Hermenéutico

Betti, E. (1984) “The Epistemological Problem of Understanding as an Aspect of the General Problem of Knowledge”, en *Hermeneutics: Questions and Perspectives*, Boston: University of Mass Press.

Bhaumbro, G., et al. (2014) “Contesting Imperial Epistemologies”, *Journal of Historical Sociology*, v. 27, no. 3, sept.

Blaavw, Martijr (20018) “Constructivism and Epistemology”, *Social Epistemology*, v.22, No. 3, jul-dic, pp. 227-234.

Boudon, Raymond (1980) *Crisis of Sociology*. London: MacMillan.

Bret, Chandler (2013) “The Subjectivity of Habitus”, *Journal of Theory of Social Behavior*, 43, 4.

Campbell, Donald (1988) *The Methodology and Epistemology for Social Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

Cooke, Maeve (2011) “Meaning and Truth in Habermas’s Pragmatics”, *European Journal of Philosophy*, 9:1.

Cruicshank, Justin (2003) *Realism and Sociology: antifundamentalism*. London: Routledge.

De la Garza, Enrique (1988) *Hacia una Metodología de la Reconstrucción*. México, D.F. Ed. Porrúa.

Dosse, F. (2008) *Psicoanálisis vs. Fenomenología*. México, D.F.: FCE

Feather, Howard (2000) *Intersubjectivity and Contemporary Social Theory*. Sidney: Ashgate.

Ferreris, Mauricio (2002) *Historia de la Hermenéutica*. Madrid: Siglo XXI.

Flores, Guillermo (2013) “Las Críticas de Apel a Facticidad y Validez”, *Iztapalapa*, No. 74, 34, en-junio, pp. 157-188.

Freeman, Melissa (2011) “Validity Dialogue Encounters with Hermeneutic Truth”, *Qualitative Inquiry*, 17 (6) pp. 543-551.

Ginev, Dimitre (1995) “Between Epistemology and Hermeneutics”, *Sciences & Education*, 4: 147- 159.

Ginev, Dimitre (2013) “Ethnomethodology and Hermeneutics-Phenomenological Perspectives on Sciences Practices”, *Human Studies*, 36: 277-301

Hall, John (1990) “Epistemology and Sociohistorical Inquiry”, *Ann. Review Sociol.*, 16: 329-5.

Jameson, F. (1969) "Marxism and Historicism", *New Literary History*, v. 11, No. 11, Autumn, pp. 41-43.

Kaufman, Felix (1943) "Verification, Meaning and Truth", *Philosophy and Phenomenological Research*, v. 4, No. 2, pp: 267-284.

Kyung-Man, Kim (2002), "On Failure of Habermas's Hermeneutic Objectivism", *Cultural Studies*, v. 2, No. 2, pp. 270-298.

Lamola, John (2013) "Marxism as a Science of Interpretation", *South African Journal of Philosophy*, 32 (2): 187-196.

Larey, Jose y Garry Potter (2001) *After Postmodernism*. London: The Anthon Press.

Leaf, Marianne (2012) "Anthropology as a Social Epistemology?", *Social Epistemology*, No. 26, No. 3-4, pp. 419-432.

Luft, J. y M.D. Shields (2014) "Subjectivity in Developing and Validating Causal Explanation in Positivist Accounting Research", *Accounting, Organizations and Society*, 39, pp. 550-558.

McLennan, G. (2014) *Marxism and Methodology of History*. London: Verso.

O'Hears, Enthony (ed,) (2012) *Verstehen and Human Understanding*. N.Y.: Cambridge University Press.

Pietersma, H. (2000) *Phenomenological Epistemology*. N. Y. : Oxford University Press.

Rankin, K.W. (2013) “Wittgenstein on Meaning, Understanding and Intending”, *American Philosophical Quarterly*, v.3, No. 1, jan., pp.1-13

Reckman, H.D. (1991) “Science and Hermeneutics”, *Philosophy of Social Science*, v.20, N0.3, sept., pp. 295-316.

Rennie, D. (2007) “Methodological Hermeneutics and Humanistic Psychology”, *The Humanistic Psychology*, 35: 1, pp. 1-14.

Ricarez, H. P. (1990) “Science and Hermeneutics”, *Philosophy of Social Sciences*, v.20, No. 3, sept., 295-316.

Ricour, Paul (2003) *El Conflicto de las Interpretaciones*. México, D.F.: FCE

Ricour, Paul (2007) *Hermenéutica y Acción*. B.A. : UCA-Prometéo.

Ricour, Paul (1998) *Hermeneutics and the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ricour, Paul (2008) *Ideología y Utopía*. Barcelona: Gedisa.

Ricour, Paul (1996) *Si mismo como Otro*. Madrid. Siglo XXI

Rockmore, Tom (1990) "Epistemology and Hermeneutics", *The Monist*, V. 23, No. 2, april, pp. 115-133.

Sainsbury, R.M. (1980) "Understanding and Theories of Meaning", *Proceedings of the Aristotelian Society*, v.80, pp. 127-144.

Scott, Soames (1992) "Truth, Meaning and Understanding", *Philosophical Studies*, v. 65, No. 172, feb., pp. 17-37.

Sfcinmetz, G. (ed.) (2012) *The Politics and Methods in Human Sciences: positivism and its Epistemological others*. Durkham: Duke University.

Shalzqui, Theodore (1986) "The Rationalization of Meaning and Understanding: Davidson and Habermas", *Synthesis*, v.69, No. 10, Oct. pp.51-79.

Sigaard, Hans (2012) "Mangement-Decition and Interpretation", *Journal of Organizational Change Management*, v. 23, No. 2, pp. 134-136.

Skinner, Quentin (1969) "Meaning and Understanding in the Story of Ideas", *History and Theory*, v.8, No. 1, pp. 3-53.

Tolman, D. y M. Bydon-Miller (2001) *From Subject to Subjectivity: a handbook of interpretative and participatory methods*. N.Y. N.Y. University Press.

Tudor, Andrew (1982) *Beyond Empiricism: philosophy of social science in sociology*. London: Routledge.

Walterhauser, R. (1994) *Hermeneutics and Truth*. Northwestern University.

Wodak, Ruth (2008) “Complex Texts: analyzing understanding, explaining and interpreting meanings”, *Discourses Studies*, 13 (5), pp. 623-633.